

SEMBLANZA Y ELOGIO DE RIVA-AGÜERO

Por ANGEL DE LAPUERTA, S. J.

Profesor de la Universidad Católica del Perú.

Secadas por la resignación cristiana las lágrimas con que todos acompañamos la visible desaparición de D. José de la Riva-Agüero y Osma, — no la desaparición real para el alma y para el recuerdo, — reconfortado nuestro ánimo con el concierto de universal simpatía de aquella gloriosa jornada del 27 de octubre del pasado año, a la que sirvió de prolongado eco el plebiscito unánime de España e Hispanoamérica, expresado por sus más doctas y representativas plumas; no es hoy mi intento pronunciar sólo una piadosa y sentida oración fúnebre,¹ sino más bien presentar una rápida y vívida semblanza de la figura del Maestro y defensor intrépido de la Verdad, de la Tradición y de la Patria, a fin de que particularmente a esta prometedora juventud universitaria se le grabe aún más hondamente el firme propósito de seguir las lecciones y huellas del inolvidable Maestro.

Digo que fué unánime el plebiscito de adhesión aun a pesar de ciertas melancólicas y muy explicables excepciones, habidas fuera del Perú sobre todo, excepciones que sin duda nuestro querido difunto hubo de agradecer, porque en ese caso las ideas y las plumas se teñían de dudoso color nada ortodoxo, y así esos señores de hecho concurrieron al homenaje de la única y elocuente manera con que podían y debían concurrir: con el silencio.

¹ Esta oración fúnebre, o mejor, semblanza y elogio, fué leída por el autor en las solemnes honras con que la Universidad Católica recordó el primer aniversario de la muerte de Riva-Agüero.

Apenas haré otra cosa en este elogio que poner el hilo de mis palabras para engarzar las piedras preciosas de las suyas. Hubiera querido formar el collar con más paz y sosiego, buscar las piedras con mayor diligencia, castigar y pulir el lenguaje con mayor severidad, porque hacía el panegírico de aquel gran señor del idioma. Desgraciadamente los días han sido pocos, y aun éstos estorbados con otras ocupaciones e impedimentos.

Para que sea más fácil seguir los rasgos de esta semblanza de Riva-Agüero, aun apartándome de las solemnes normas tradicionales en una oración fúnebre, me serviré en cada parte de pequeños acápites. El cuadro ganará en precisión y claridad, aun a costa de la oratoria, que en este caso no pasa de ser el hilo: lo que importa es la figura.

PRIMEROS AÑOS Y ESTUDIOS

Abrió los ojos Riva-Agüero en esta ciudad de Lima, que tanto había de amar y honrar, tan profundamente conocer y tan gallardamente describir, el 26 de febrero de 1885. Fué hijo único de D. José Carlos de la Riva-Agüero y Riglos y de Doña Maria de los Dolores de Osma y Sancho Dávila. Con los apellidos quedan evocados la alcurnia y el glorioso pasado, todo un drama, secular vivido simultáneamente en España y en el Perú. Recibió con la sangre el ardiente amor a su Patria y a la Hispanidad, a la Hija y a la Madre, de quienes había de ser hasta su muerte el más inteligente e intrépido defensor; en la pila bautismal luego de nacer se le infundió lo que más apreció, la fe valiente de sus antepasados; con la leche materna bebió la piedad; y con la sangre y la fe y la piedad y todo un pasado que llevaba en las venas y contemplaba en su casa, adquirió la distinción y elevación de alma. Dios le dió por añadidura, como muy pronto se echó de ver, lo que no comunican sólo la alcurnia y el dinero: talento profundo y claro, juicio seguro, memoria que rayaba en lo increíble, decidida vocación para las más altas y nobles disciplinas, sentimiento estético hondo y delicado, imaginación brillante y creadora. El cooperó bizarramente, y en esto consiste su mérito, con tan espléndido séquito de cualidades. Forjó, no sin amargas luchas, un carácter férreo e indomable al servicio de la mejor causa: de la cultura y de la Patria,

y por tanto al servicio de la verdadera historia que depuró, de la literatura que analizó, del arte que sintió y apreció, sostenida toda esta pasmosa erudición por la más sólida filosofía y alimentada con amplia, escogida y atenta lectura: finalmente todo ésto, recobrada del todo la trayectoria de su vida, lo puso al servicio de Dios, que tan pródigo se mostró con él. Esto fué D. José de la Riva-Agüero y Osma: un hombre providencial que supo corresponder a su elevada y difícil vocación. ¡Qué ejemplo para los jóvenes, qué estímulo para los débiles, qué condenación para cobardes, qué luz y qué meta para todos!

A los ocho años, en 1893, ingresó para estudiar Primaria y Media en este mismo Colegio de la Recoleta, y para ser, según testimonio unánime de profesores y condiscípulos, el más aventajado alumno que honró sus aulas. Pero dejemos ya a Riva-Agüero, cuarenta años más tarde en el *Homenaje Centenario a Don Ricardo Palma*, sugerir la figura de aquel niño vivaracho de apenas ocho años y su primer encuentro y amistad con el patriarca de las letras peruanas. "En el caso de Don Ricardo Palma, a la simpatía literaria se agrega el vínculo de mi cariñosa amistad. No pasaba yo de los ocho años cuando mi abuelo me llevó a conocerlo como a un monumento curioso. Acababa Palma de regresar de España; y al oírle hablar con los míos conjuntamente de personas familiares y de pretéritos sucesos, mi mente juvenil adivinó en él un benigno brujo que convertía lo lejano en próximo, lo muerto en redivivo, y que nos hacía contemporáneos de lo pasado... [La escena aludida por Riva-Agüero se desarrolla en el incipiente museo pictórico de la Biblioteca Nacional]. Desde esa tarde, para mí memorable, su imagen se me asoció de inseparable manera con la de los arcaicos personajes; las sangrientas escenas de nuestros lienzos románticos, como la *Venganza de Cornaro*, ante la cual se detuvo un buen rato; y las pintorescas figuras de frailes y tapadas, que en dicho embrionario museo aparecían. Mi ingenua mirada de niño lo situó en su exacto medio espiritual, presintiendo de golpe la serie íntegra de sus Tradiciones".

Sigue Riva-Agüero haciendo referencias a su amistad con Palma, a las largas charlas con el bibliotecario, y continúa: "Las noticias de su tranquilo apagarse de octogenario y de sus espléndidos

funerales, fueron en 1919 a reanimar en el extranjero mis memorias y mis nostalgias". Esto para los que suponen a Riva-Agüero sin corazón, él que lo tuvo tan sensible a la amistad como al odio y al desvío. De sus maestros, de quienes recibió durante nueve años cristiana educación y sólida base de instrucción, y cuyos textos de clase acotados de su mano conservará siempre como semilla de su futura riquísima biblioteca, nos dirá igualmente cuarenta años después en la más célebre, razonada, valiente y luminosa retractación que creo se haya hecho en la historia del Perú, nos dirá conmovido: "En estos sugestivos claustros, testigos de mi niñez y adolescencia, viene mi madurez a renovar su consciente, razonada y pública adhesión a las tradicionales doctrinas que me educaron y que son doblemente preciosas, por haberlas recuperado en larga y dura brega tras de haberlas perdido. Beneficio inestimable, no concedido a todos, reconozco deberlo, por lo que respecta a meros instrumentos humanos, en primer término a las domésticas influencias maternas del piadoso y bendito hogar en que nací...; y luego, en segundo, pero también principal lugar, a los maestros que aquí me formaron, tanto a los aún vivos, como a los ya fallecidos, que en este oportuno momento de íntimas efusiones reciben el inefable homenaje de mi enternecida gratitud". Así tan hondamente supo amar a los suyos primero, luego a sus venerados maestros de blanco hábito, a todos sus amigos y discípulos y a aquel "buen brujo" de Don Ricardo Palma, lector empedernido, embozado en su capa española, caladas las gafas, de ingenio limeño festivo y burlón y a veces hasta volteriano, a quien la risa maliciosa reventaba por salir por las puntas de la pluma.

LA CRISIS EN LA UNIVERSIDAD: LUCHA Y VICTORIA

De dieciseis años, en 1901, ingresó en la Universidad de San Marcos, y su espíritu hizo crisis. Nadie como él supo describir el tibio, claudicante y confuso ambiente doctrinal de nuestro primer centro universitario por aquella época; y nadie amó a San Marcos como él. Su discurso de la Recoleta es sencillamente magistral tanto por la forma, como por el sutil, sincero y valiente análisis del drama de su alma, y por la nítida y apretada exposición y contundente refutación de los principales errores de entonces, que poco

más o menos son los mismos de ahora, reducidos, en cuanto la falta de lógica de esas doctrinas lo consiente, a grupos de genealogías o familias, para ser luego desbaratados con lógica clara y sin réplica. Yo considero, y tal vez, atentos otros al relevante mérito del historiador erudito y elegante y del copioso prosista no hayan reparado lo suficiente en ello, yo considero que la mejor faceta de la inteligencia de Riva-Agüero fué precisamente su profundo espíritu y talento filosófico. Constituye buena prueba esta estupenda exposición y refutación de errores. Oigamos al filósofo: "Lecturas imprudentes y atropelladas, petulancia de los años mozos y el prurito de contradicción, que es el peor riesgo de la juventud, me llevaron, desde los últimos cursos que seguí en este Colegio, a frisar en la heterodoxia... Al rojo frenesí de Nietzsche el demente, se sumaron el negro y letal sopor del budista Schopenhauer, las recónditas tenebrosidades del neokantismo, la monótona y grisácea superficialidad disciplinada de Spencer, y la plúmbea pedantería de sus mediocres acólitos, los sociólogos franceses de la *Biblioteca Alcan*. Espolvoreando la ponzoña, disfrazaban la acidez de estos manjares intelectuales las falaces mieles del diletantismo renaniano, la blanda progenie de Saint Beuve el escéptico, la elegante sorna de Anatole France y las muecas de Remy de Gourmond. Esa fué, por varios años, mi deletérea atmósfera mental. No es maravilla, pues, que prevaricara escribiendo en mis tesis y artículos de entonces contra el catolicismo y el espiritualismo, despropósitos y frases impías, que hoy querría condenar a perpetuo olvido, y borrar y cancelar aun a costa de mi sangre". A continuación sigue lo más interesante y doctrinal: la nervosa exposición y refutación de los sistemas heterodoxos, comenzando por el materialismo histórico, o sea — dice Riva-Agüero — "la concepción unilateralmente económica de la sociedad, que siempre me pareció la degenerada versión barbarizante y como la menguada caricatura de la dialéctica histórica del gran sofista Hegel, sol fantástico cuyo ocaso remedaron tantas luciérnagas positivistas, y del cual se tiñen aún con mejores arreboles, Benedetto Croce en Italia y algunas celebridades germánicas de la última temporada".

Refutado el materialismo filosófico que significa, dice él, "el más crudo ateísmo, negación brutal y estólida en la que jamás caí", pasa luego Riva-Agüero al panteísmo, réplica del materialismo, dis-

frazada con brillante ropaje; y esa antigua y monstruosa divinidad radio-activa queda igualmente pulverizada por la lógica y estigmatizada con los epítetos mordaces de Riva-Agüero. Refuta igualmente la relatividad de Kant, porque "es clarísimo, son palabras suyas, que las nociones de relatividad y condición suponen y reclaman previamente la idea de lo absoluto, al cual el propio Spencer declaraba real aunque incognoscible, y Kant lo asienta, no sólo en el necesario concepto del *noumeno*, sino en la relación del imperativo categórico y ético... Lo absoluto es el sinónimo de Dios, término que los intelectuales enclenques se ruborizan de pronunciar, cuando es la base de toda filosofía y de toda cognición... "Y como el Protestantismo, arbitrario, contradictorio, deleznable y ya casi por entero desplomado, no podía ser refugio decente para mi angustia metafísica y religiosa... ya no me restaba sino acatar el Catolicismo... "Y a ello vine al fin, trabajosamente, no sin renitencias instintivas y convulsiones del orgullo contra el impulso de la Gracia... Mas la diestra invisible y omnipotente no me dejó... No hay falso y melindroso pudor psicológico, no hay necio respeto humano que me impida confesar y proclamar todo esto, desafiando las desdichadas sonrisas de los que muy poco saben o de los que sienten y proceden bajamente. Así he reconquistado la armonía y la paz, así he cerrado con firmeza mi ciclo de experiencias cogitativas: la vida tiene un fin por encima de la mezquina utilidad, el esfuerzo y el dolor se esclarecen y santifican, la libertad moral se reafirma, y la inteligencia recobra su ley primordial y su objeto perenne... Convertido con mis paisanos Olavide y Vidaurre... puedo al fin repetir sinceramente las palabras de Jovellanos:

*"Sumiso y fiel la religión augusta
De nuestros padres, y su culto santo,
Sin ficción profesé".*

Qué epitafio para tan sincero convertido y gran católico!

Si algún día, uno de nuestros jóvenes universitarios estudia a fondo la figura del venerado Maestro, me atrevo a sugerirle, entre otros ilustres convertidos, el parangón con Newman. Claro es que en la conversión de Newman el proceso psicológico fué mucho más

largo y penoso, porque el peregrino venía de muy lejos, de las costas del Protestantismo anglicano, y pertenecía a una raza en que hasta la metafísica fácilmente se colorea con psicología. La de Riva-Agüero, en cambio, lleva el inconfundible sello de la raza de Suárez, de Balmes, Donoso Cortés, y últimamente del convertido filósofo y luego sacerdote García Morente: el sello filosófico, la lógica y sentido de lo absoluto. Puédese creer, y en todo caso hay que pedirselo a Dios, que éste será el carácter de la conversión de Ortega Gasset, si es que "la diestra invisible y omnipotente" no le deja perecer, y si él, dócil al llamamiento de la Gracia, que un día amó, rompe con el muro de su propio endiosamiento e insaciable prurito de originalidad, encastillados en la magia refulgente de su luminosa y seductora prosa. Pero volvamos a Riva-Agüero.

EL HISTORIADOR — TESTIGO DE LA VERDAD, DE LA TRADICION Y DE LA PATRIA

Riva-Agüero por vocación y desde la temprana edad de 19 años, fué ante todo historiador. La historia brota en él viva del laboratorio de su inteligencia, fantasía y corazón. Para esta labor dispuso de la riquísima gama de múltiples cualidades, que son las que constituyen al auténtico historiador, es decir al suscitador, animador e intérprete del drama del pasado. Con la varilla de su certera crítica y mágica palabra golpea los huesos dispersos, fríos, escasos y hasta falsificados que llamamos documentos, y hace salir, ante nuestros extasiados ojos todo un pasado redivivo de la tumba de la historia. Pero no basta este soberano poder evocador: para ser gran historiador es necesario arrancar sus más hondos secretos al pasado, llegar a la filosofía de la historia, por la cual ésta se convierte en "magistra vitae". La historia, en una palabra, es ciencia y arte, una filosofía estética del pasado. Así la entendió Riva-Agüero al trazar la estampa verdaderamente magistral de *El Inca Garcilaso de la Vega* en su discurso tricentenario. Riva-Agüero tuvo en esta ocasión la genial osadía de compararlo de propósito y despacio con Herodoto, el padre de la Historia. "Todos los historiadores de genio, dice, todos los que han superado las nimiedades y minucias de la yerta erudición y, alzándose sobre el mudo polvo de los hechos, han resucitado con la divina e insustituible fuer-

za de la intuición evocadora la fisonomía de las edades muertas, han sido tachados de inexectos y novelescos, porque la mayoría de los lectores no acepta el expresivo y saltante relieve de la vida histórica que contrasta con sus habituales ideas... Así han sido acusados Tácito, Salustio y Tito Livio, Mariana, Saint Simon, Renan, Michelet, y Taine... Garcilaso no podía eximirse de semejantes ataques, glorioso privilegio de sus hermanos mayores. Tampoco era él un frío y mediocre amontonador de datos... también en su ánimo hablaban los profundos instintos adivinadores del misterio de la raza y las estirpes. ¿Cómo no había de reputársele displicentemente un soñador, un iluso, un caprichoso poeta en prosa?... En él sentimos plenamente la eterna dulzura de nuestra patria, la mansedumbre de sus vicuñas, la agreste apacibilidad de sus sierras y la molicie de sus costeros oasis".

Hagamos punto final en esta parte, la más importante del acervo de Riva-Agüero, tan extensa, tan llena de enseñanzas, pues no es mi intento seguir paso a paso las publicaciones históricas de este gran hombre; otros lo han hecho, con la debida preparación y competencia, y en particular el más genuino de los discípulos de Riva-Agüero, heredero de su vocación y de su pluma, Raúl Porras Barrenechea, en aquella admirable y sentida pieza oratoria y oración fúnebre del 27 de octubre del pasado año, que formará parte en adelante de la Antología Peruana, donde las lágrimas del corazón realzan con la munificencia a veces imperial de la frase, el dominio del tema.

Porras cierra su discurso con este alto relieve del Maestro: "Fué un paladín de la tradición, del orden y de la fe, un espíritu de brecha, un caballero sin miedo y sin tacha de la verdad. Tuvo el coraje en una época de acomodados de ser honrado y sincero, sin tretas ni malicias, incapaz de los fingimientos y mentiras que llevan al éxito y tuvo, sobre todo, como señal de auténtico apostolado, la virtud, que ahora es un delito inexpiable, de decir siempre la verdad... Fué un defensor pugnaz y quijotesco de la Hispanidad, tan perseguida y tan alta, tan pura y sin premio, por la que Dios le habrá bendecido. Fué, sobre todo, un gran peruano, que seguirá viviendo, como un penate venerado, al lado de Garcilaso y de Palma, en la región olímpica de verde esmalte, a donde no llegan la Envidia ni el Odio, lejos de toda escoria humana, donde su

espíritu resplandece bajo la mirada de Dios y dialoga ya con las grandes sombras de la Patria".

EL CRITICO LITERARIO Y SU ESTILO

Oigamos de nuevo a Raúl Porras. "A la documentación firme y segura, a la sagacidad crítica, a la profunda raigambre moral de la Historia hecha por Riva-Agüero, hay que sumar el prestigio brillante de la forma. La prosa de los ensayos y discursos de Riva-Agüero, por su alcurnia castiza, por su claridad, limpieza y tersura, por la prestancia arcaica del vocabulario y la riqueza de matices y de giros, es digna del siglo de oro. El vuelo sosegado y magnífico de sus períodos, que hace vibrar a veces el aleteo de una metáfora insigne, recuerda los nobles y señoriales estilos de Garcilaso y de D. Juan Montalvo. En la descripción moral de los personajes, hay magníficos retratos y estudios de caracteres hechos con penetración psicológica y rotundos aciertos de frase, en que a veces sonríe un fino y tolerante humorismo... Pero en donde campea más limpia y fluida su prosa señorial es en las descripciones de paisajes del Perú, "valles yungas de luz mate y velada y limpidez de acuarela", "mar de estaño fundido, en cuyas playas chispea la mica de rocas y tablazos", "pureza diáfana del refulgente cielo andino o desolada llanura de la puna", "donde los charcos congelados brillan como láminas de plata".

Fué entre nosotros Riva-Agüero la más fiel reproducción de aquel egregio y nunca bastantemente alabado santanderino, Menéndez y Pelayo, faro refulgente de cultura y maestro indiscutible de nuestras bellas letras en ambos hemisferios. ¡Con qué íntima y legítima fruición nos recuerda Riva-Agüero en su elogio de Garcilaso de la Vega la rectificación de Menéndez y Pelayo sobre la autoridad del Inca historiador después de haber leído su estudio crítico!

INTRANSIGENCIA DE RIVA-AGÜERO

¿Riva-Agüero intransigente? Pero ¿cuándo rechazó jamás lo bueno, lo verdadero, lo simplemente opinable? Fué intransigente sólo con el error, y por eso comenzó por rectificar, ya hemos visto

con qué lágrimas y luchas internas, sus propios extravíos. Buscó la luz con pasión, y hallada, no transigió con la mentira, la iniquidad, la hipocresía, con amañadas y rastreras componendas. ¡A ésto llaman muchos intransigencia! Por lo demás su amplio criterio, a pesar de la forma muchas veces cáustica, queda suficientemente demostrado con la multitud de prólogos, juicios críticos y alentadoras referencias a modos de ver distintos y aun contrarios a los suyos; todavía lo atestigua mejor la invariable amistad de quienes, militando en campos tan lejanos, buscaban siempre el calor de su simpatía, su trato noble y sincero, como el mejor regalo y más dulce lenitivo al dolor. Por eso fué llorado como pocos, porque fué amado como muy pocos hombres en el Perú. Como historiador, como patriota y sobre todo como cristiano, toda la vida fué fiel a esta suprema norma que él mismo se trazó, joven aún, en sus primeros estudios: "la indiferencia absoluta respecto del mal y del bien no es tributo humano posible ni deseable". Los que hablan de intolerancia, en el caso de Riva-Agüero, deberían primero señalar qué cosa verdadera o provechosa proscribió este caballero sin sonrojo, este humanista acabado, este noble paladín de la cultura ecuménica, este egregio ciudadano de la Hispanidad, este obstinado viajero del Perú y del mundo entero, porque con el mundo entero y de todos los tiempos dialogaba esta alma tan profundamente cristiana. Deberían esos señores recordar que el objeto de la tolerancia no fué jamás la verdad, ni el bien, ni lo noble, ni la justicia, ni la ciencia, ni el arte, ni nada de lo que es bueno y digno del hombre, todo lo cual no se debe tolerar, sino abrazar y defender hasta el sacrificio. El objeto de la tolerancia es únicamente el mal que aborrecemos y que, por desgracia, no está siempre en nuestras manos extirpar, como en el campo evangélico se tolera la cizaña por el trigo. No negaré que algunas veces su pluma fuese cáustica en demasía frente a imperdonables claudicaciones que herían su espíritu. Vaya lo cruel del látigo por el indigno coqueteo con el mal que parece ser el signo en que vivimos. Riva-Agüero no fue ciertamente un San Francisco de Sales, y sin duda ello es de lamentar. Pero parece que tampoco lo fué siempre San Pablo; y es muy dudoso que sea precisamente miel lo que más necesitamos en estos tiempos. Lo perfecto hubiera sido juntar el látigo del Templo con el panal de miel y pez suavísimo del lago de

Tiberiades. A los que tanto le zahieren les invitamos a esta suprema perfección.

EL TESTAMENTO DE RIVA-AGÜERO

Entregó el cuerpo, al que desde temprana edad hizo rendir tanto como instrumento del alma, a la madre tierra, para ser semilla de inmortal resurrección. Puso el alma con mansísima resignación e inalterable paz del justo en manos y en el seno mismo de Dios. Los bienes todos los donó a la Universidad Católica, cuya existencia y libertad tan gallarda y doctamente supo defender en artículos y discursos. El corazón fué ante todo para Dios, para la Iglesia, para la Patria, para la Hispanidad, para la cultura, para toda noble causa, y, claro es, para los suyos, los amigos, los discípulos, y para todos sus detractores y enemigos que de corazón perdonó. A todos sin distinción dejó la blanca y luminosa estela de su vida inmaculada, el recuerdo de su noble y esforzado carácter, en un tiempo en que estos ejemplos, fuera de honrosas excepciones, parecen haberse esfumado en los linderos de la pre-historia. Sus escritos, relicario del auténtico Perú y expresión fiel de su espíritu, jamás los puso en venta, antes los repartió generosamente entre amigos y disidentes, y constituirán en adelante el testamento espiritual, la palabra del Maestro, el itinerario del Perú, la lección para la juventud universitaria.

EXHORTACION FINAL

No será mía, sino de Riva-Agüero a todo el Perú, con motivo de nuestro primer Congreso Eucarístico Nacional. Fué la tarde del 24 de octubre de 1935, víspera de Cristo Rey y víspera del día en que nueve años más tarde había de rendir el alma a Dios. Escuchad, os ruego, y meditad sus palabras; hoy nos las dirige desde la mansión de la eternidad, rubricadas con la firma de su vida, la sinceridad de su muerte y la exaltación definitiva de su triunfo.

“¡Oh Dios, ante cuya inconmensurable omnipotencia valen lo mismo los orbes planetarios que los granos de arena, y son iguales todos los pueblos, así los grandes y deslumbrantes, como los modestos y débiles, así los imperios adultos y henchidos de glorias co-

mo estas repúblicas apenas en la adolescencia! Mira a tus hijos que se congregan devotos y contritos, en esta solemne semana eucarística, a rendirte la pública y oficial adoración que Tú exiges... Por los méritos de nuestros Santos peruanos y de todos los demás justos y por los de tu Virgen Madre, perdona, Señor, a esta ciudad y a este país sus pueriles veleidades, sus fragilidades y culpas, ceguerras y descarrios. Tú conoces, Señor, muy bien que en los peruanos ha habido siempre más debilidad que malicia y más flaqueza que pertinacia... Cura estos fluctuantes corazones... Vigoriza a esta nación débil, infundiéndonos a todos austeridad, abnegación y perseverancia, hábito de sacrificio, prudencia y perspicacia, para descubrir los sofismas de la impiedad y los embustes del mal; y para así cumplir sin desmayo los deberes que nos incumben como individuos religiosos y como Estado católico".

Toca, sobre todo a la juventud católica universitaria del Perú, conservar viva en su recuerdo la memoria de Riva-Agüero: luz y guía de sus pasos. "*In memoria aeterna erit iustus*". "No se borrará jamás el recuerdo del varón justo".

Angel de LAPUERTA, S. J.